

Remembranzas de un pediatra. Compromiso con los niños

(Pediatrician remembrances. It's commitment with the children)

Leopoldo Vega Franco

Probablemente muchos jóvenes lectores aún recuerdan el nombre del pediatra a quien recurrieron sus padres cuando enfermaban o cuando los llevaban para que los vacunara, y él siempre los pesaba y medía su estatura; tal vez también evoquen los consejos a sus padres acerca de los alimentos que debían de procurar y el énfasis en aquellos que no debían faltar en su dieta. También puede ser que guarden en su memoria, cómo siendo ya preescolares aún se les vacunaba y cómo se hacían anotaciones en un documento llamado «carnet de vacunación», que su madre guardaba y que con el tiempo se convirtió en algo «familiar».

Del mismo modo, puede ser que rememoren, ya como preescolares, que su madre recurrió a su pediatra para que valorara su salud y su crecimiento, y eventualmente por alguna infección de las vías respiratorias o como consecuencia de alguna eventualidad propia de su natural curiosidad o por el descuido o negligencia de su cuidador, o sea: caídas, cortaduras o lesiones de la piel por quemaduras o por la ingestión de sustancias químicas preservadas en recipientes de bebidas gaseosas, o como consecuencia de incidentes imprevisibles: jugando en su casa o por su exaltada curiosidad al merodear en su pequeño mundo: no en vano los estudios epidemiológicos sobre accidentes coinciden en señalar que en los primeros años de vida el **ambiente más peligroso para los niños suele ser el de su propia casa**.

Abundando en estas remembranzas, algunos recordarán la última vez que sus padres recurrieron a su pediatra debido a algún incidente y posiblemente evoquen la relación amistosa entre sus padres y su médico, y aquéllos dotados de una memoria excepcional aún podrán recordar los consejos que su pediatra daba a sus padres.

Pero a un lado de estas reminiscencias, seguramente entre los lectores hay diferencias que dependen de la época en la que vivieron su infancia; por ejemplo, en las décadas de los años treinta o cuarenta, cuando enfermábamos, nuestros padres recurrieron al «*médico de la familia*», quien solía ser el mismo que había atendido a su madre cuando él nació; era, a su vez, quien había extirpado el apéndice a uno de sus hermanos y colocado una férula de yeso a su padre cuando tuvo una fractura en el brazo; todo esto era lo que entonces solían hacer los médicos generales, quienes *resolvían* o trataban de dar solución a los problemas de salud en los miembros de una familia: lo que ahora es resuelto por médicos especialistas en las diferentes áreas de la medicina. Sin embargo, en los años cuarenta había ya médicos especialistas dedicados a una de las siguientes áreas de la medicina: unos a las enfermedades de los ojos y otros a los padecimientos de la nariz o de los oídos.

Sin embargo, ya habían médicos generales que ejercían con particular interés en algunos campos de la medicina, los que frente a su consultorio se anunciaban como: *Medicina General, Partos y Alimentación de los niños*; o bien, sólo con la leyenda de *Médico Cirujano*; en tanto que otros destacaban estar dedicados a la *Medicina General y las Enfermedades secretas* (también conocidas como venéreas). Fue hasta 1945 cuando en este país egresó la Primera Generación de Médicos Pediatras formados en el Hospital Infantil de México, después de haber cumplido cabalmente su experiencia como *Médicos internos* al rotar por el Servicio de Urgencia, por las salas asignadas para enfermos con padecimientos infecciosos, por la de los niños prematuros, la de lactantes, los preescolares, la de Cirugía y las que gradualmente se fueron abriendo para niños con problemas de medicina interna, nutrición, nefrología, oncología, hematología, rehabilitación, entre otras, iniciándose así la residencia en la especialidad en pediatría general en este país.

A grandes rasgos, fue de esta manera como se formaron los primeros médicos pediatras, sujetos a una disciplina militar, tratando siempre de hacer lo que en su época era la frontera de los conocimientos en la Pediatría; aunque es conveniente evocar que la pediatría, como área de especial interés en la medicina para niños, había surgido en este país en la segunda mitad del siglo XIX, como en muchas otras naciones de Europa y América.

En México había sido un sueño de un gran hombre de origen zapoteco, ya que siendo presidente Don Benito Juárez, en noviembre de 1861 había ya ordenado se abriese en la Ciudad de México el primer «Hospital de Maternidad e Infancia»; infortunadamente, debido a la guerra occasionada por la intervención francesa, su idea sólo se materializó hasta junio de 1865, cuando el Emperador, Maximiliano de Habsburgo, coincidió con la idea de Juárez para fundar lo que llamó **«Casa de Maternidad»**, ubicada a un lado de un hospicio de niños que dejó *«bajo la protección de su augusta esposa»*.

Al inicio, esta Casa-Maternidad no prosperó; no obstante, fue hasta la prolongada época en la que Porfirio Díaz gobernó el país cuando se introdujo la red de agua potable y el drenaje de aguas negras en la Ciudad de México, hace poco más de cien años. Es importante resaltar que este gran avance no hubiera tenido cabida de no ser por su promotor, el ilustre Dr. Eduardo Liceaga, quien, además de haber sido amigo y consejero del presidente de nuestra nación, manifestó especial interés por los niños y la salud pública.

En la medida en que se fueron conociendo los agentes causales de muchas de las enfermedades propias de los niños, creció el interés por desarrollar vacunas y evitar las enfermedades que se calificaban como *propias de la infancia*, y al mismo tiempo que se identificaban los agentes patógenos; también empezó a surgir mayor interés por esmerar los cuidados de los niños, de tal manera que gradualmente se fue consolidando la pediatría como especialidad para procurar el cuidado de la salud en los niños, así como para prevenir y promover cuidados y conductas apropiadas por parte de sus cuidadores. Promover su desarrollo de acuerdo con sus potencialidades genéticas es el principal interés de los médicos que estamos dedicados a esta especialidad. De aquí la importancia de la formación cabal de los médicos pediatras como puericultores, pues en el cultivo de los niños es donde radica gran parte de la responsabilidad de los

pediatras como educadores y promotores de conductas apropiadas de los padres hacia sus hijos.

No en vano la pediatría nace a partir del interés y preocupación por los niños huérfanos, lo que siglos atrás dio lugar a la creación de casas-cuna, orfanatos, hospicios, los cuales, posteriormente, en algunas de estas instituciones se transformaron en hospitales o en «casas-cuna», como la fundada en la segunda mitad del siglo XVIII (1766) por el arzobispo Francisco Antonio Lorenzana y Buitrón en el barrio del Carmen de la Ciudad de México y que después de tres o cuatro lugares en que ha operado la Casa-Cuna desde hace poco más de setenta años se localiza en Coyoacán, sitio donde empezaron a trabajar en la sala de niños enfermos distinguidos pediatras como los doctores Cárdenas de Vega y Federico Gómez, y donde se formaron varios de los médicos que al abrir sus puertas el Hospital Infantil de México (en 1943) fueron la simiente de nuevos pediatras que empezaron a abreviar en esa institución. De cierta manera, esa ha sido la historia que se ha repetido en otros países, donde los orfanatos precedieron la apertura de los hospitales de niños, como sucedió en Buenos Aires, París, Roma y otras ciudades.

Por todo esto, me parece que como pediatras no debemos perder de vista que la principal finalidad en el ejercicio de la pediatría surge del interés implícito que en ella existe: crear niños sanos, por lo que la puericultura juega un papel de importancia capital en el ejercicio de la pediatría, lo que de manera poética expresa a los pediatras, como exhorto, un editorial en su Revista Chilena de Pediatría, el cual dice así: *«Que en todos los miembros de la Sociedad Chilena de Pediatría, un niño tenga siempre un nido, un rincón en sus corazones, tibio en invierno; y en el verano ardiente, un cielo azul, con pájaros, nubes y estrellas. Tristes o alegres, de cunas o en cunas diferentes, siempre serán bienvenidos y muy considerados en nuestra institución, porque una sola alma tienen, alma que palpita y palpitará ayer, hoy y mañana en nuestra Sociedad Chilena de Pediatría»*.² Comparto su idea y hago un exhorto a todos los lectores que ejercen la pediatría.

Referencias

1. Universidad Autónoma del Estado de México. Eduardo Liceaga (1839-1920) <http://www.uaemex.mx/fmedicina/eduardo.html>
2. Fanta NE. Algunas consideraciones sobre el pasado, presente y futuro de la Sociedad Chilena de Pediatría. *Rev Chil Pediatr* 2005; 76(4): 345-50.